

ARCHIMANDRITA SOPHRONY

**ESCRITOS
DE SAN SILOUAN
EL ATHONITA**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2011

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Joaquín Maristany del original ruso

- © 1999, 2002 Derechos mundiales de los textos del Archimandrita Sophrony: «Старец Силуан» (Paris, 1952) y «Преподобный Силуан Афонский» (Tolleshunt Knights, 1990). ISBN: 978-0-9512786-7-3 Stavropegic Monastery of St John the Baptist, Essex, G.B.
No están permitidas traducciones a partir del original o de traducciones del original sin el permiso escrito de Monastery of St John the Baptist, G.B.
- © 2010 de esta traducción: Stavropegic Monastery of Saint John the Baptist, Tolleshunt Knights, by Maldon, Essex (Gran Bretaña)
- © de la presente edición: Ediciones Sígueme S.A.U., 2011
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1765-9

Depósito legal: S. 453-2011

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

CONTENIDO

<i>Invitación a la lectura</i> , por Jean-Claude Polet	9
<i>Presentación de los escritos de san Silouan</i> , por el Archimandrita Sophrony	17

ESCRITOS DE SAN SILOUAN

1. Nostalgia de Dios	23
2. De la oración	45
3. De la humildad	51
4. De la paz	65
5. De la gracia	73
6. De la voluntad de Dios y de la libertad	85
7. Del arrepentimiento	97
8. Del conocimiento de Dios	105
9. Del amor	113
10. Somos hijos de Dios y semejantes a Cristo	135
11. De la Madre de Dios	141
12. De los santos	145
13. De los pastores	151
14. De los monjes	159
15. De la obediencia	173

16. Del combate espiritual	177
17. De los pensamientos pasionales y de la ilusión espiritual	193
18. El lamento de Adán	201
19. Relatos de experiencias, encuentros y conversaciones con otros ascetas	211
20. Pensamientos ascéticos, consejos y observaciones	239

INVITACIÓN A LA LECTURA

Jean-Claude Polet¹

Visto humanamente, nada propiciaba que, de entre los más de mil monjes que habitaban en el Monasterio de San Panteleimon, en el Monte Athos, fuera Silouan², monje ruso con la mínima instrucción, adscrito al economato y al molino del monasterio, quien emergiese para la posteridad. Aún más cuando pasaba desapercibido entre los monjes, que no veían en él nada extraordinario ni nada que pudiera despertar algún interés espiritual.

Fue necesario que un día Sophrony, monje treinta años más joven, recibiera de Silouan, al azar de una breve conversación, una respuesta perfectamente adecuada a su inquietud espiritual; entonces se estableció un diálogo entre ellos y más tarde una relación profunda, hasta que el contenido desprendido de aquella paternidad espiritual se impuso como prioridad en quien sería hasta el final su único discípulo.

Por lo demás, este encuentro entre Silouan y Sophrony no dejaba de ser sorprendente, por cuanto reunía a un simple campesino ruso, llegado al monasterio después del servicio militar, con un pintor moscovita emigrado a Francia. Allí el talento de Sophrony había pasado brillantemente la prueba de los salones parisinos. Se trataba de un ser intelectualmente dotado, interesado en la especulación metafísica y mística; sin embargo, tras un prolongado vagabundeo a través de la espiritualidad oriental no cristiana, después de

1. Secretario de la Association Saint Silouane du Mont Athos. Traducción de esta introducción: Grégoire Polet.

2. Pronúnciese «siluán»; en castellano: Silvano. La asociación internacional que difunde la espiritualidad de este santo unificó la grafía para todas las lenguas, al igual que hizo con Sophrony (pronunciado «sofroni»; en castellano: Sofronio).

su conversión radical no había encontrado más que el Monte Athos para satisfacer su ansia de absoluto. En abstracto, la experiencia de Sophrony podía resumirse en la convicción de que las espiritualidades orientales que le habían seducido se encontraban en las antípodas de la revelación de Cristo; esto, para la conciencia monástica ortodoxa, suponía un teorema general. Para Sophrony, sin embargo, más allá de la constatación teórica, tal evidencia se había traducido en una experiencia angustiosa: la experiencia del abismo a la cual se siente arrastrado quien vuelve a Cristo después de haberlo negado, en medio de un torbellino de arrepentimiento y desesperación en el que esta última parece triunfar. Ahora bien, esto era precisamente lo que Silouan vivía desde hacía décadas: la gracia posterior a su visión de Cristo se había alejado de él, abandonándole a un sentimiento de derrota definitiva. Era la misma experiencia trágica de las repetidas victorias de la desesperación, y del orgullo que la causa, sobre el arrepentimiento.

A partir de esta connivencia, se estableció una comprensión mutua e inmediata entre los dos hombres, testigos ambos, en lo más profundo de su ser, del mismo alejamiento de la esperanza, de la misma tenacidad de la fe, del mismo fuego devorador del deseo de Dios, del mismo abandono.

Este encuentro y experiencia compartidos bien hubieran podido no extenderse más allá de las afinidades personales. La filiación espiritual hubiera podido permanecer limitada a esta relación, como suele ocurrir en la inmensa mayoría de las experiencias de santidad vividas en el Monte Athos o en el mundo cristiano donde las hay. De hecho, hasta 1947 esta experiencia espiritual no traspasó el marco estricto del Monte Athos, donde Sophrony, tras la muerte de Silouan en 1938, vivió primero como ermitaño y después como confesor de varios monasterios.

Para dar a conocer a Silouan, Sophrony, su único discípulo, hubo de retornar a Francia en 1947 e instalarse más tarde, en 1959, en Inglaterra con algunos discípulos. Y todo esto no fue fácil. A su vuelta al círculo de la emigración rusa de París y alrededores, en una época en que esta comunidad se hallaba desgarrada por diversos conflictos tanto a nivel eclesial como teológico, Sophrony se dedicó

a recomponer los textos de Silouan. En unas condiciones de pobreza y precariedad extremas, en 1948 preparó una edición dactilografiada en ruso y en 1952 la publicó en forma de libro. Los escritos de Silouan, dirigidos en un primer momento a la *intelligentsia* rusa de Francia y de Occidente, tuvieron una escasa acogida. Sin negar el interés religioso y, sobre todo, la piedad profunda y la santidad que los textos desprendían, el círculo teológico ruso quedó desconcertado por la expresión simple y fragmentaria, a la vez que repetitiva y elíptica, de los escritos de Silouan; tampoco consideró legítima ni fundamentada la síntesis de teología ascético-mística y el cuerpo doctrinal que Sophrony, en una amplia introducción, se había esforzado en organizar lo más sistemáticamente posible. No obstante, un reducido número de discípulos, ortodoxos de origen y los más de ellos procedentes del cristianismo occidental, se interesaron por los escritos y el espíritu de Silouan; Sophrony, impregnado de su experiencia común, los difundía con la facilidad de una autoridad auténtica y con la eficacia propia de su total generosidad. Así, en 1958 apareció la primera traducción inglesa del libro, seguida por la alemana al año siguiente. Paralelamente, la figura de Silouan, tal como era mostrada en el libro, se iba conociendo y valorando en los círculos monásticos y espirituales católicos. En este contexto, Divo Barsotti publica en Florencia una antología de los escritos de Silouan bajo el título *Silvano di Monte-Athos. Degli Scritti*. Esta antología fue traducida al francés por el dominico Louis-Albert Lassus y publicada en las Editions Monastiques de l'Abbaye de Bellefontaine; el círculo ruso de París leerá básicamente esta traducción fragmentaria. La traducción integral francesa fue realizada por Symeón, uno de los principales discípulos de Sophrony, en 1974.

La irradiación de Silouan, cuya canonización tuvo lugar en 1987, cuarenta años después de la primera aparición del libro de Sophrony, se llevó a cabo, por tanto, con ciertas dificultades. La recepción ortodoxa fue bastante lenta y reticente; la no ortodoxa, en cambio, fue más rápida, variada y entusiasta.

La obra de Sophrony sobre Silouan, que ya ha aparecido en más de veinte lenguas, se edita ahora en castellano en dos libros. A la publicación de los escritos de san Silouan le seguirá en breve otro

volumen con la biografía y el valioso estudio teológico sobre su espiritualidad escrito por su discípulo Sophrony. La creciente difusión de esta obra nos muestra cómo cada vez más hombres y mujeres tanto de Occidente como de Oriente, de cualquier nacionalidad y procedencia, de toda edad y cultura, han sido sensibles al espíritu de Silouan y se han convertido a Cristo gracias a su poderosa mediación. Esto ha sucedido a menudo más allá de las divisiones confesionales de los cristianos. Unos conocieron personalmente a Sophrony, que murió en 1993. Otros muchos han llegado a Silouan a través de la fuerte irradiación tanto de sus escritos y los de su discípulo Sophrony como del monasterio que éste fundó en Inglaterra o los monasterios y parroquias que se erigieron después, acogiendo a su paternidad, en diversas partes del mundo. Paradójicamente, los frutos de santidad de Silouan, habiendo madurado al sol de poniente, se esparcieron poco a poco, pero de manera ininterrumpida, por el mundo entero y, por supuesto, después de su canonización, también por las tierras de tradición ortodoxa.

Trayectoria inesperada, difusión en la que sólo cuenta la relación personal...: descubrimos aquí la firma del Espíritu Santo. Este opera preferentemente con tal discreción que proporciona a los hombres y mujeres de fe, a su ánimo, a su esperanza y a su tenacidad, el cuidado, el mérito y el beneficio del poder propio de la Humildad, que es el modo y origen de la fuerza divina.

Los escritos que presentamos a continuación –excepto algunas cartas aún por descubrir y unos apuntes escritos en los márgenes de un catálogo de hortalizas y flores– constituyen la totalidad de los escritos de Silouan. Él se los confió a Sophrony autorizándole a publicarlos si lo juzgaba útil.

Salvo algunos textos más extensos y el *Llanto de Adán*, único escrito de tono literario de Silouan, se trata de apuntes tomados día a día, según las circunstancias y las experiencias de una vida en oración, en este caso la vida de un monje del Athos, pero tan simples, tan corrientes a primera vista, que cualquiera –¡esta es la accesibilidad universal de Silouan!– se identificará con ellos. Esos breves textos, a menudo una sola y simple frase, surgen en momentos intensos del espíritu de Silouan en oración; registran cuidadosamente

lo que ha subido del corazón al intelecto, o lo que, venido de la experiencia concreta o del intelecto, ha sido avalado por el corazón –y esta es la profundidad universal de este monje–. Su redacción, propia de la sencillez de Silouan, siempre queda sometida a las leyes espontáneas de la verdad, la cual exige que nada pueda torcer el sentido de las palabras, para que su resonancia, que la escritura vehicula, sea pura cuando llegue a pronunciarse nuevamente en lo íntimo de la interioridad. Así, la palabra de Silouan invita a asimilar la enseñanza que el Espíritu de Dios deposita en todo lo que es verdadero y nos permite presentir Su presencia silenciosa. No hay en estos textos ni exaltación, ni ademán visionario o inspirado, ni *pathos* alguno.

Sophrony se encontró con un conjunto de textos redactados las más de las veces en hojas sueltas, sin numerar, sin fecha, sin orden preconcebido alguno, pero con una notable unidad espiritual y unos temas que sólo un conocedor de la experiencia espiritual de Silouan podía inventariar y articular. La sucesión de capítulos en los que se recogen los escritos de Silouan marca las etapas y los momentos de la búsqueda, de la experiencia y del progreso espiritual tal como él lo ha explorado, y constituyen un camino adecuado para alcanzar la santidad en nuestros días.

Este conjunto de textos constituye verdaderamente un cuerpo de doctrina ascética y de teología mística, expresada en un lenguaje sencillo y directo, vivido, sin términos complicados, sin conceptualización ni coherencia sistemática. Y esto es precisamente lo admirable: la transparencia del sentido más elevado y profundo, en la realidad de una escritura que devuelve su eficacia creadora al espíritu de la palabra.

PRESENTACIÓN DE LOS ESCRITOS DE SAN SILOUAN

Antes de presentar a la consideración del lector los extractos de los escritos del santo *stárets* Silouan¹, nos permitimos algunas breves reflexiones a su propósito.

El Señor ha dicho: «El que es de la verdad escucha mi voz» (Jn 18, 37), y Juan el Teólogo dice: «Quien conoce a Dios nos escucha; el que no es de Dios, no nos escucha» (Jn 4, 5). Estamos íntimamente persuadidos de que estas palabras son también aplicables a los escritos del *stárets* Silouan. Pensamos que quien ha recibido de Dios inteligencia y sabiduría para conocerlo, percibirá con claridad el soplo del Espíritu Santo en sus escritos.

Los escritos del *stárets*, hombre casi desprovisto de instrucción, dan testimonio de lo que le fue concedido ver; en la forma, su palabra recuerda con frecuencia a los salmos, y eso es enteramente natural, fluyendo como fluía de una oración ininterrumpida. Sus escritos poseen un ritmo muy lento, signo característico de la oración profunda. Vuelve constantemente sobre los mismos temas: Dios y todas las realidades celestes no pueden ser conocidos más que por el Espíritu Santo; el Señor ama a los hombres con un amor infinito, y este amor es conocido en el

1. *Stárets*: «anciano», padre espiritual (en griego, *geron*). La antigua tradición monástica de la paternidad espiritual floreció en la Iglesia rusa en las figuras carismáticas de los *startsi*, dotados de la *cardiognosía* o conocimiento del alma. Ejercieron un gran influjo sobre el pueblo y también sobre los intelectuales cristianos, sobre todo durante el XIX y en vísperas de la revolución. Dostoievski nos ofrece una imagen novelada de una de estas figuras en *Los hermanos Karamázov*.

Espíritu Santo. El Espíritu Santo es un espíritu de sobriedad, de pureza, de dulzura, de humildad; el Espíritu Santo es un espíritu de paz, de compasión, de amor a los enemigos.

El alma y el espíritu del *stárets* se ocupan de un número exiguu de pensamientos, pero estos pensamientos son ontológicamente los más profundos, son la medida de todo lo que existe. Quien en lo recóndito de su ser está animado por estos pensamientos ve a través de ellos, como a través de un misterioso prisma espiritual, el universo en su integridad.

Desde hace dos mil años, la Palabra de Dios es anunciada continuamente en todas las lenguas y de diversas maneras, pero el Señor mismo no ha comunicado al hombre más que en muy pocas palabras el conocimiento de la vida eterna. La vida de Dios trasciende cualquier imagen. Desde la esfera de la luz inaccesible y en su movimiento hacia la criatura, la vida divina se comunica, al comienzo, a través de imágenes «intelectuales» impasibles, muy simples y extremadamente escasas; después, trasmitiéndose a través de una sucesión de grados jerárquicos, se va debilitando más y más, hasta llegar a formas rudimentarias que constituyen ya auténticas deformaciones.

Ilustrémoslo mediante un caso concreto: se conduce, por ejemplo, a un niño ante un icono y se le enseña a rezar al «Buen Dios»; para este niño, el icono no es simplemente una de las formas de la revelación o de la teología, sino ese mismo «Buen Dios» al que dirige su oración. En su movimiento descendente a partir de su pureza límite, la luz del conocimiento de Dios (*theognosis*) llega a las formas primitivas y ya frecuentemente deformadas de la teología afirmativa (*kataphasis*); en el proceso del desarrollo del hombre se observa el orden inverso, de abajo arriba: a partir de una forma afirmativa, todavía rudimentaria, se va elevando a una concepción impasible de Dios, e incluso llega a la comunión con Dios más allá de toda imagen.

No es nuestro propósito detenernos en la cuestión del desarrollo de la conciencia humana ni examinar cómo, a partir de con-

ceptos empíricos e imágenes sacadas del mundo, esta se va elevando hasta la intuición del Misterio divino. Subrayamos tan solo que el carácter inevitable de esta evolución explica el hecho de que la enseñanza sobre Dios dada a los hombres empiece principalmente por la moral cristiana, más accesible a una comprensión elemental. Sin embargo, incluso bajo esta forma, pese al rebajamiento y aun la deformación que la verdad sufre, la luz del conocimiento auténtico de Dios está presente, aunque debilitada; es aquella «leche» que se ofrece a los niños (1 Cor 3, 2).

Si nos es lícito recurrir a analogías sacadas de la realidad que nos rodea, compararíamos el descenso de la luz divina con el haz luminoso de un proyector: cuanto más se acerca uno al foco del proyector, tanto más deslumbra este, pero menor es la superficie iluminada; y a la inversa, cuanto más nos alejamos, mayor es la superficie iluminada, pero la luz es más débil y difusa. Los milenios se suceden y, como en el pasado, es comunicada a los pueblos precisamente esta luz debilitada y difusa del conocimiento de Dios en una multiplicidad infinita de palabras y de imágenes. Cuanto más separado se halle el hombre de Dios, tanto más fragmentado estará su pensamiento y sus experiencias espirituales serán más vagas; por el contrario, cuanto más cerca está el hombre de Dios, más reducido –si puede expresarse así– es el círculo de sus pensamientos; concentrándose al fin en un solo pensamiento imparable, que ya no es un pensamiento, sino una inexpresable *visión o sensación espiritual*².

Para comprender al *stárets* Silouan es indispensable tener presente lo que acabamos de decir. El *stárets* era hombre de una sola idea que embargaba su ser entero; esta idea era fruto de la visión de Dios con la que había sido favorecido. Cuando aquella misteriosa aparición del Señor tuvo lugar, comprendió que Dios

2. *Sensación espiritual o intelectual* (de *intelecto, noús*): Noción de la ascética cristiana (en griego *noeté aisthêsis*) que pone de relieve la unidad del compuesto humano y que marca la superación del dualismo (cuerpo y espíritu) de la filosofía griega: lo sensible mismo participa del Espíritu, se torna espiritual.

es amor infinito. Silouan subraya que este amor recae necesariamente sobre los enemigos, que no es conocido sino a través del Espíritu Santo. El Espíritu Santo le reveló a Cristo, el Espíritu Santo le enseñó la humildad, el amor a los enemigos y a toda criatura. Lo que él captó en el momento de la aparición divina, y lo que fue su inmediata consecuencia, lo consideró condición e indicio de la comunión con Dios, criterio de la autenticidad del camino, medida de cualquier fenómeno de la vida espiritual, meta de nuestra búsqueda y actividad cotidianas.

Gracias a las repetidas venidas del Espíritu Santo y después de largos años pasados en una encarnizada lucha espiritual, cobró todo ello en él la forma de una conciencia dogmática. Y cuando fue realmente elevado a la pura esfera de la santa imposibilidad, juzgó deber suyo mostrar a los hombres lo que se le había concedido de lo alto, con la más profunda humildad. Se expresa en pocas palabras, pero en esto mismo reside quizás la prueba de su veracidad; se expresa en pocas palabras, pero éstas son capaces de penetrar en el corazón del hombre y de reanimar a un alma desalentada. Se expresa en pocas palabras, pero muchas cosas pueden ser dichas sobre ello si se emprende la tarea de desvelar su contenido y de hacerlo accesible también a la comprensión racional de un círculo más extenso.

Algunos se preguntarán tal vez, leyendo los escritos del *stárets*: ¿No será uno de aquellos a quienes la terminología de los ascetas califica de «ilusos» y que el lenguaje corriente tilda de «iluminados»? Sus pretensiones son decididamente demasiado excesivas para que se le pueda considerar «normal».

Nosotros consideramos que, aun sin haberlo visto y conocido en persona, sólo con leer sus notas, nimbadas de un halo poético y que alcanzan, desde el punto de vista formal, un alto grado de perfección –aunque en ocasiones resulten torpes–, es posible convencerse, al observar el avance de su pensamiento o las disposiciones de su corazón, de que estas palabras no son las de un hombre psíquicamente enfermo. En la exteriorización de su

palabra se advierte ante todo su humildad verdadera, tan esencialmente opuesta al orgullo de los megalómanos o a esa forma peculiar de soberbia, normalmente desatendida, que es el famoso «complejo de inferioridad». No descubrimos, en un examen atento, el menor rasgo de megalomanía o de mórbida exaltación imaginativa, ni siquiera cuando Silouan se dirige a «todos los pueblos de la tierra». Muy al contrario, se tiene el permanente y profundo convencimiento de que lo testimoniado por él es verdadero. El corazón experimenta que aquello sobre lo que habla no lo ha aprendido ni de los hombres ni de los libros, sino directamente del Espíritu de Dios; es la razón por la cual su enseñanza está tan de acuerdo con los mandamientos de Cristo.

El *stárets* era hombre de una sola idea; pero esta idea es la más profunda que pueda darse, la ontológicamente más perfecta; y, lo que más vale, él la realizó en su propia vida. En ciertos pasajes, coincide verdaderamente, en cuanto al espíritu, con san Juan el Teólogo. Verdaderamente, el Espíritu Santo lo volvió semejante a Cristo, a quien fue juzgado digno de ver; con aquella semejanza de la cual tanto habló, refiriéndose a las palabras del gran apóstol: «Nosotros seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es» (1 Jn 2, 22).

El testimonio central de toda su vida es que el amor a los enemigos es absolutamente indispensable para el conocimiento de los misterios divinos. Afirmaba categóricamente que quien no tiene amor a sus enemigos aún no ha conocido en verdad a Dios. No se le podía engañar al respecto. Allí donde se odiaba a los enemigos, él descubría la presencia de las tinieblas, fuese el que fuese el «culto de Dios» (Jn 16, 2), fuese el que fuese el *pathos* profético con el que este odio se encubría.

El testimonio de un hombre así queda inmune a los efectos desastrosos de una cultura intelectualista; el testimonio de este hombre, que derramó realmente durante toda su vida la sangre de su corazón orando por los enemigos y por el mundo entero, adquiere una fuerza y significación excepcionales.

Nos hemos preguntado a menudo adónde habría llegado el *stárets* si, con esos dones extraordinarios que le eran propios, hubiera recibido una adecuada formación científica y teológica. Nos parece a veces que habría sido un gigante de renombre mundial. Otras veces, sin embargo, pensamos lo contrario: el hecho de que haya sido un hombre de percepción inmediata, como la que vemos en los evangelistas, que haya permanecido a resguardo de los prejuicios de la civilización contemporánea, es lo que hace que su testimonio resulte irresistiblemente convincente. Pues ninguna ciencia humana hubiera añadido algo, fuera lo que fuese, a la hondura y la calidad de la verdad que él testimonia.

Así pues, quien no ha conocido personalmente al *stárets* puede, a pesar de todo, formarse una idea de él gracias a sus escritos; en cuanto a quien le ha conocido y ha visto su auténtica simplicidad y humildad, sus disposiciones constantemente afables y mansas, sabe que fue un hombre de elevada perfección.

La palabra del *stárets* es dulce, actúa sobre el alma como un bálsamo; pero, para seguirlo, es preciso estar animado por una ardiente decisión, hasta el «odio» de sí mismo (cf. Lc 14, 26).

ARCHIMANDRITA SOFRONIO